



Revista Facultad Nacional de Salud Pública
ISSN: 0120-386X
revistasaludpublica@udea.edu.co
Universidad de Antioquia
Colombia

González Molina, Julio
Políticas de salud y vida saludable en México-Tenochtitlán
Revista Facultad Nacional de Salud Pública, vol. 19, núm. 1, enero-juni, 2001
Universidad de Antioquia
.png, Colombia

Available in: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=12019108>

- ▶ How to cite
- ▶ Complete issue
- ▶ More information about this article
- ▶ Journal's homepage in redalyc.org

Políticas de salud y vida saludable en México-Tenochtitlán

Julio González-Molina¹

*La historia no tiene sentido: la historia es la
búsqueda de sentido. Ése es su sentido.*

Octavio Paz

*Viajero, has llegado a la región
más transparente del aire.*

Alfonso Reyes

Resumen

El presente escrito recopila hechos documentados sobre la vida de los aztecas desde la perspectiva de su significado y aporte a la promoción de la salud y al concepto moderno de ciudades saludables. México-Tenochtitlán, al arribo de los españoles en 1519, era la capital de un imperio que sin haber llegado a su apogeo poseía muchos de los atributos de una *ciudad saludable*. La ciudad de Tenochtitlán fomentaba la salud y promovía los requisitos necesarios para la conservación de la salud, como el acceso universal a la educación, la nutrición, el sustento, la solidaridad. La ciudad es digna del título de saludable, gracias a sus políticas, normas y regulaciones; a la abundancia del agua; al respeto por el medio ambiente; a los espacios saludables como sus mercados y jardines; a los hábitos de limpieza de los habitantes y a su cohesión social. La promoción de la salud —vista como una respuesta política, social y educativa para propiciar el bienestar y el desarrollo humano— puede considerarse como un legado cultural del México antiguo con el cual se ha enriquecido la cultura occidental, a pesar de varias contradicciones existentes entonces, como las guerras floridas, los sacrificios humanos y las desigualdades que estaban surgiendo. Tenochtitlán es un ejemplo histórico de la aplicación de muchos de los conceptos básicos de la promoción de la salud que se han difundido a partir de la Conferencia de Ottawa y se han ratificado por parte de las diferentes conferencias mundiales de promoción de la salud, la última de las cuales se realizó en el año 2000 en la ciudad de México.

103

Palabras clave

Promoción de la salud; México prehispánico; ciudades saludables; Tenochtitlán; Quinta Conferencia Global de Promoción de la Salud, México 2000; condiciones y estilos de vida; aztecas; políticas públicas; mexicas.

1 Consultor de Promoción de la Salud, OPS/OMS, México. E-mail: gonzalej@mex.ops-oms.org.

104

Abstract

This essay compiles outstanding facts on the Aztecs' life from the perspective of its meaning and contribution to health promotion and to the modern concept of healthy cities. Mexico-Tenochtitlán, at the arrival of Spaniards, in 1519, was the capital of an empire that without having arrived to the summit of its development had many of the attributes of a healthy city. Tenochtitlán promoted health and fostered its necessary requirements, with the universal access to education, food, income and solidarity. The city deserves the title of healthy, thanks to its policies, norms and regulations, to the abundance of water, to the respect for the environment, to its healthy places like its markets and gardens, to the personal hygiene of its inhabitants and to its social cohesion. Health promotion, as a political, social and educational response for increasing well-being and human development, might be considered a cultural legacy of the old Mexico that has enriched the western culture, in spite of several existing contradictions like the florid wars, human sacrifices and emerging inequalities. Tenochtitlán is a historical example of the application of many of the basic concepts of health promotion which have been disseminated since the Conference of Ottawa and ratified by the different global conferences, the last one being carried out in 2000 in Mexico City.

Keywords

Health promotion/pre-hispanic Mexico; healthy cities/Tenochtitlán; Fifth Global Conference of Health Promotion; health conditions and life styles/aztecs; public policies/mexicas.

Legados aztecas

Los orígenes de las prácticas y principios para cuidar y promover la salud se buscan tradicionalmente en la cultura helénica, relacionando sus inicios con la diosa Higea, hija de Esculapio,¹ sin que se indaguen ni valoren los aportes propios y más cercanos hechos por los pueblos americanos prehispánicos. Existen, afortunadamente, muchos textos en donde se encuentra una rica documentación sobre la vida de estos pueblos, como es el caso de la información sobre la vida de los antiguos mexicanos,²⁻⁶ que muestra que estos pueblos promulgaban y practicaban una serie de principios que constituyen la esencia de lo que ahora se conoce como la propuesta moderna de la promoción de la salud.⁷⁻⁹

El presente escrito recopila hechos narrados sobre la vida de los mexicas o aztecas, con la perspectiva de su significado y aporte a la salud del México prehispánico. Los aspectos presentados han sido seleccionados de obras que como las de Soustelle, León Portilla y Calderón,²⁻⁴ que documentan amplias facetas sobre la vida de los mexicas antes de la llegada de los españoles, complementadas con información del legado del Museo Nacional de Antropología de México. En este museo se realizó la ceremonia inaugural de la Quinta Conferencia Mundial de Promoción de la Salud, México 2000,¹⁰ como si a propósito se hubiese escogido como homenaje y reconocimiento a los pueblos prehispánicos por su contribución a la ciencia y arte de promover la salud. México-Tenochtitlán, al arribo de los españoles, era la capital de una sociedad en plena evolución, de un imperio en formación que aún no había llegado a su cenit y que poseía muchos de los atributos de una *ciudad saludable*. La ciudad fue destruida antes de haber cumplido el segundo centenario de su fundación.

Los inicios de una ciudad saludable

Los aztecas, provenientes del norte, tribu paupérrima y desechada por todos, encontraron unos islotes pantanosos en los cuales se establecieron y fundaron su capital en el año 1325. En sus inicios fue una aldea miserable levantada alrededor del templo del dios solar y de la guerra, Huitzilopochtli, quien les había guiado en su larga peregrinación.

Nadie habría podido imaginar con inicios tan humildes el origen de un gran imperio y nadie pensó tampoco que en 1507 el imperio mexica estaba cerca de su destrucción. En ese año, bajo Moctezuma II, como en cada fin del siglo de 52 años, se ataron los años del siglo ido en la gran fiesta del fuego nuevo.

En una isla en medio de los pantanos, sólo el centro de México-Tenochtitlán descansaba en suelo firme rocoso. Los mexicas tuvieron que crear el suelo, ahondar los canales, construir calzadas y puentes. Una gran ciudad surgida en tales condiciones, por el esfuerzo de un pueblo sin tierra, fue un prodigo del ingenio y de la tenacidad. Las maderas y piedras para edificarla fueron canjeadas con las tribus de tierra firme por peces y animales acuáticos. Construyeron primero la casa de Huitzilopochtli, que los sucesivos soberanos convirtieron en un templo sumuoso dedicado a Huitzilopochtli y Tlaloc, dioses de la guerra y la agricultura, las dos actividades en que se basaba la riqueza económica de los aztecas. De esta casa partieron los ejes a lo largo de los cuales creció la ciudad.

Poco sabían de su pasado remoto; las artes, la invención del calendario y demás manifestaciones de una alta cultura provenían de antiguos pueblos toltecas; los mexicas se adueñaron de ellos y se proclamaron herederos de Quetzalcóatl y de las civilizaciones que les había precedido.

A la llegada de los españoles, en noviembre de 1519, Tenochtitlán tenía probablemente una población de entre 100.000 y 500.000 habitantes, cifras que la ponen por encima de la mayoría de las ciudades europeas de la época. Los testigos expresaron su asombro por el esplendor de la ciudad, la belleza de sus edificios y jardines, las calles largas y rectas cortadas por canales por donde circulaban las canoas, el acueducto de agua dulce, la amplitud de sus calzadas y la actividad y grandeza de los mercados.

Desde la perspectiva moderna, la ciudad de principios del siglo XVI puede catalogarse como "saludable": situada en un valle en la "región más transparente del aire". Tenía abastecimiento de agua potable y en los caminos y en diversas partes de la ciudad había letrinas públicas y los desperdicios eran enterrados en los patios o arrojados en tierras pantanosas. La ciudad continuaba su vida en la noche, iluminada por llamas de enormes trípodes cargadas de maderas resinosas y antorchas que coronaban portales, patios y mansiones. Sin embargo, la ciudad tenía problemas de inundaciones periódicas que solo se habían solucionado parcialmente. Las aguas negras se vertían en los canales y en la laguna, cuyas corrientes, por fortuna, les aseguraban una relativa buena dispersión.

La conservación de las calles estaba a cargo de las autoridades locales de cada barrio. Cada día, cerca de 1.000 personas se ocupaban de la limpieza de las vías públicas barriendo y limpiando, con tanto esmero, que se dice que se podía caminar por ellas "sin temer por los pies, más que por las manos".

Tlatelolco era el barrio comercial principal de México. Miles de personas se reunían en su plaza para comerciar, y cada cinco días, el día del mercado, congregaba a más de 50.000 personas. Los cronistas describen de

manera elogiosa la enorme variedad de este extraordinario mercado, así como su orden; cada mercancía tenía su lugar fijo y delimitado. Durante todo el día se podía deambular de un lado a otro en esta fiesta comercial. Si se presentaba una disputa, ésta era sentenciada sin dilación por los tribunales existentes en el mismo mercado.

En fin, la ciudad fomentaba la salud y promovía los requisitos necesarios para lograrla, así como la educación para todos, la nutrición, el sustento y la solidaridad. La ciudad es digna del título de saludable gracias a sus normas y regulaciones, a la abundancia del agua, a los espacios saludables como sus mercados, a los hábitos de limpieza de los habitantes y a su cohesión social. Prevalecía el bien comunitario y la ayuda mutua; no existía la traición, no había robos, las casas carecían de puertas. Se tenía un gran respeto por el medio ambiente, existiendo sanciones severas para prácticas como la tala de los árboles. Cuando se ve con ojos modernos el concepto de ciudad saludable, no se deja de pensar que, al igual que México-Tenochtitlán, probablemente varias ciudades en la América prehispánica crecieron con muchos de estos elementos que propiciaron estructuras y ambientes saludables.

Sin embargo, coexistían niveles de vida muy diferentes. Lujo en los dignatarios, frugalidad en los plebeyos. También había chozas humildes, de techos de paja y paredes de carrizo cubiertas de barro, como en los tiempos de su origen. Afloraban contradicciones y desigualdades. Los poderosos coronaban de plantas y flores las terrazas de sus palacios pero en los suburbios existían jardines rústicos donde las flores se mezclaban a veces con las legumbres en las chinampas. Al margen de la ciudad rica y brillante, el indio campesino seguía haciendo su vida paciente; su casa, su milpa, su guajolote, su pequeña familia monogámica. Pero la miseria

que 200 años antes había oprimido a todos los mexicanos había desaparecido paulatinamente. La ciudad no era una tribu agrandada sino un organismo social y político complejo. Había una evolución, un imperio en carrera expansionista, una sociedad que se diversificaba.

Condiciones de vida, estilos y valores

Los gobernantes

La elección del emperador era ley; no reinaron los hijos de los reyes por herencia sino siempre por elección. El “emperador” llevaba títulos que reflejaban valores y el sentir del pueblo; el más preciado era el de “*Tlatoani*”, “el que habla”. Su poder estaba en el arte de hablar, en las palabras que pronunciaba en el seno del Consejo y en la habilidad y dignidad de sus discursos.

El rey, una vez proclamado, hablaba al pueblo exhortándolo a venerar a los dioses y a huir de la embriaguez. Prometía defender el templo y asegurar a los dioses el culto que les era debido. Sus otros deberes se referían al pueblo: hacer justicia y luchar contra la carestía de los alimentos.

La religión mexicana acogía a todas las divinidades extranjeras, práctica que dio base para la mutua incomprendición entre mexicanos y españoles. Aquellos recibían a los dioses de las tribus bajo sus dominios y estaban dispuestos a acoger a los dioses que traían los recién llegados; éstos solo podían construir sus templos sobre las ruinas de los ídolos.

Vida y muerte

Se les ha endilgado la crueldad como un defecto a los mexicas, debido a la práctica de los sacrificios humanos y a las guerras floridas; pero éstas no estaban inspiradas en

la crueldad ni en el odio sino que eran una respuesta a la inestabilidad del mundo constantemente amenazado. El sacrificado no era un enemigo sino un mensajero enviado a los dioses para asegurar que el sol prosiguiera su marcha y que las tinieblas no permanecieran definitivamente sobre el mundo.

La vida estaba regulada por los presagios y los signos. No existía esperanza de escaparse de su mecánica inexorable, aunque se admitía que, a fuerza de penitencias, de privaciones y de dominio sobre sí mismo, se podía escapar de la mala influencia que destinaba a la embriaguez, al juego o a la intemperancia.

Los mercados (tianguis)

El gobierno de los mercados era encomendado a un tribunal permanente que dictaminaba sobre todos los conflictos comerciales, cuidaba que no hubiera fraudes de consumidores ni de vendedores y de que no se violaran los precios y las calidades de las mercancías, y juzgaba y sentenciaba los delitos cometidos en su recinto; las sentencias se ejecutaban sumariamente en el lugar de los hechos por los guardias del mercado que constantemente lo patrullaban. Estos tianguis no eran sólo el centro comercial de las ciudades y pueblos, sino también el centro de reunión de todos los grupos sociales donde intercambiaban información e ideas con otros pueblos y regiones. Cada renglón de comercio tenía su lugar, todo en gran orden, lo cual maravilló a los conquistadores. Las leyes civiles imponían el deber a los productores de vender las mercancías solamente en los tianguis con el objeto de mantener suficientemente provistos a los pueblos. Como resultado, se reunían grandes multitudes en los mercados, siendo el más importante el de la plaza de Tlatelolco.

La vivienda

Las casas de los campesinos, que eran la mayoría, estaban construidas de adobe y, aunque no eran vistosas ni lucían mucho, estaban muy bien hechas y encaladas con tejados y azoteas impermeabilizados. Una casa se componía de una cocina, de una alcoba donde dormía la familia y de un pequeño altar doméstico; el baño siempre estaba construido aparte. El comedor no existía ni siquiera en la casa de los grandes pues los alimentos se tomaban en cualquiera de las habitaciones. El centro de la casa, sobre todo de las más humildes, era el fogón hogareño; las tres piedras del hogar, sobre las cuales se encendían los leños y se ponían los recipientes, tenían carácter sagrado.

Las esteras, los cofres y algunos asientos eran el mobiliario; en las casas de los dignatarios se encontraban algunas mesas bajas y algunos biombos de madera ricamente adornados, las que utilizaban para protegerse contra el calor del hogar o no ser vistos comiendo. El lujo de las mansiones señoriales residía en la variedad y esplendor de los jardines. Los aztecas sentían una extraordinaria pasión por las flores; toda su poesía lírica es un himno a ellas.

Parques zoológicos y jardines botánicos

108

La existencia del parque zoológico y del jardín botánico de Moctezuma llamó poderosamente la atención de los españoles, dado que este tipo de parques era desconocido en Europa. Los soberanos reunían en sus palacios multitud de especies de fauna y flora nativas del imperio: pumas, jaguares, coyotes, zorros, gatos salvajes, osos hormigueros, perros sin pelo y sin voz, y otros muchos representantes de la fauna americana; muchas clases de aves, tinajas de víboras y jardines eran mantenidos por Moctezuma para su ilustración y diversión; todos tenían el cuidado

apropiado. Estos jardines son elementos característicos modernos de una ciudad civilizada.

Aseo personal e higiene

Los mexicas se bañaban frecuentemente, hábito que se inculcaba a los jóvenes por medio de la educación. Tenían productos vegetales que sustituían el jabón y que producían tanta espuma que se utilizaban no sólo para el aseo personal sino también para lavar la ropa. El no bañarse implicaba un martirio y la abstención en el uso del jabón se hacía solo en caso de penitencia. El baño de vapor, el *temiscalli*, estaba tan extendido que la mayor parte de las casas tenían anexo el pequeño cuarto para tomarlo. Esta costumbre perdura hasta hoy en algunas aldeas mexicanas.

Vestidos

Los vestidos del plebeyo se hacían con fibra de maguey y el de los dignatarios, en algodón. El algodón pronto se convirtió en la fibra deseada por todos y su búsqueda empujó a los comerciantes y a los guerreros hacia las ricas tierras tropicales; el comercio y el tributo hicieron afluir a México inmensas cantidades de algodón, ya en rama o en forma de tejidos elaborados.

Los adornos y tocados eran muy ricos; las mujeres los llevaban en las orejas, el cuello, los brazos y los tobillos. Los hombres usaban esos mismos adornos pero también en la nariz y el mentón y adornaban sus cabezas con suntuosos penachos. Las cortesanas asociadas a los guerreros jóvenes hacían uso de recetas de belleza y gustaban masticar chicle para limpiar los dientes y parecer elegantes.

La educación

La educación, aún hoy, parece asombrosa; era universal y obligatoria para todos, los ni-

ños y las niñas. Nadie, cualquiera que fuese su origen social, carecía de escuela. Al comparar este estado de cosas con lo que pasaba en la antigüedad clásica o en la edad media europea se admira el significado enorme de este valor de la sociedad autóctona de México, cuyos gobernantes vigilaban la educación de su juventud y la formación de sus ciudadanos. Fue muy grande el empeño de los padres y madres para inculcar a los niños desde temprana edad los principios e ideales de la filosofía náhuatl: "Comenzaban a enseñarles, cómo han de vivir, cómo han de respetar a las personas, cómo se han de entregar a lo conveniente y recto y han de evitar lo malo, huyendo con fuerza de la maldad, la perversión y la avidez".

Los maestros que dirigían la educación de los jóvenes en los colegios de los barrios dedicaban al servicio del Estado todas sus horas y esfuerzos. Ellos tenían una idea muy elevada del servicio público y de la autoridad que lo acompañaba. Sin embargo, el rigor extremo y los castigos corporales que infligían parecen hoy inapropiados y contradictorios.

Consumo de alcohol y otras adicciones

Los antiguos mexicanos consideraron las bebidas alcohólicas como un peligro para su civilización. Es difícil encontrar una sociedad que haya levantado una barrera tan rigurosa; el pulque, exclama el emperador "es raíz y principio de todo mal y de toda perdipción porque es causa de toda discordia y disensión".

Las leyes contra la embriaguez pública eran muy severas. Los indígenas, conociendo por sí mismos el peligro del alcohol, se decidieron por una política rigurosa. La severidad de las penas era mayor entre más importante era el personaje; costaba al plebeyo una severa advertencia y llevar su cabeza rapada, pero si el ebrio era reincidente o noble se

le castigaba con la muerte. Los deberes y las responsabilidades aumentaban con el poder y la riqueza.

Había una válvula de escape para el rigor de las normas antialcohólicas; los ancianos —hombres y mujeres— estaban autorizados para beber el pulque, especialmente cuando se celebraban fiestas, y no se veía mal que llegaran a la embriaguez. Se permitieron entonces los placeres de la bebida a aquellos que estaban retirados de una vida activa, pero se impuso una barrera infranqueable a los jóvenes y adultos.

El puritanismo azteca, expresado en la severidad contra la embriaguez y en la gran reserva que acompañaba la vida sexual, no se manifestó en refrenar el uso en convites de hongos psicodélicos y del peyote y de la afición por el juego. Los aztecas se entregaban al juego con pasión y dos de éstos fueron adicciones verdaderas, de tal fuerza, que algunos indígenas llegaron a perder todo por su causa.

El juego de pelota tenía una significación mitológica y religiosa. La cancha representaba el mundo y la pelota, un astro, el sol o la luna; el cielo es un campo de juego, donde los seres sobrenaturales juegan con los astros. Pero en la vida diaria servía de pretexto para grandes apuestas que terminaba para algunos en ruina y esclavitud. El otro juego, el *patolli* (similar a la oca moderna) se jugaba en un tablero en forma de cruz y con dados que eran frijoles marcados con números. El tablero tenía 52 casillas, o sea el número de años que comprendía el siglo solar. Todas las clases sociales jugaban el *patolli*, a diferencia del juego de pelota, que era aristocrático.

Las artes y entretenimientos

Los maestros artesanos, escultores, lapidarios, escribas, orfebres y otros artistas gozaron del mecenazgo de toda la sociedad

azteca y fueron objeto del respeto y admiración así como de buenos emolumentos según su mérito artístico. Los artesanos maestros tuvieron un aura de exotismo y de herederos y descendientes de la cultura tolteca, que encontraron los aztecas a su arribo al valle de México.

Se afirma en textos indígenas que las ciudades comenzaban sus vidas cuando se establecía en ellas la música. Había multitud de fiestas, ritos, danzas, cantos, procesiones y desfiles que buscaban asegurar la marcha regular de las estaciones, el regreso de la lluvia, la germinación de las plantas, la resurrección del sol.

Sensibles a la belleza de las flores, de los pájaros y de las piedras, eran profundamente religiosos y prácticos en la organización del Estado. El oro y la plata no despertaban tanto deseo y admiración como las flores, las plumas y las piedras que aparecen repetidamente en el lenguaje retórico y poético. Con esmero los artesanos desarrollaron obras maestras. Alberto Durero, afirmó: "En mi vida he visto cosas que alegren tanto el corazón porque en ellos he encontrado un arte admirable; me he quedado admirado del genio sutil que tienen las gentes de esos países extraños".¹¹ El amor por la oratoria, la música y la danza se manifestaba libremente en las fiestas y en los banquetes; cubiertos con sumptuosos adornos, bailaban con las cortesanas luciendo sus ropas más lujosas; los dignatarios y el mismo emperador tomaban parte en las danzas tradicionales.

Matrimonio, alimentos y algunos remedios

A partir de los 20 años de edad los mexicas podían contraer matrimonio. El sistema matrimonial era una especie de transición entre monogamia y poligamia; el mexica solo tenía una esposa "legítima", que era con quien

se había desposado con la celebración de todas las ceremonias y ritos, pero podía tener esposas secundarias oficiales que tenían un sitio en el hogar y cuyo estatus social era respetado. No se sabe si el adulterio estaba muy extendido. El rigor de la represión y la frecuencia de sus referencias, al igual que las del alcohol, muestran que la sociedad azteca consideraba que aquél entrañaba un peligro grave. El castigo por el adulterio comprendía la muerte para los dos que lo cometían.

Una de las tareas principales de los gobernantes era acumular las reservas suficientes de alimentos para luchar contra los frecuentes desastres naturales a los que estaban sometidos; los métodos agrícolas eran demasiado primitivos para hacer frente a desastres que amenazaban cada año. El alimento mas preciado era el maíz, "fuente esencial de la vida", seguido en pie de igualdad del frijol, el amaranto y la chía.

Los alimentos se comían asados o cocidos pues no disponían de grasa ni de aceite. Al no tener ganado, las carnes provenían de la caza —muy abundante en la región central de México— de dos especies domésticas, el pavo y el perro, pero sobre todo de las innumerables especies de aves acuáticas. También consumían gran cantidad de alimentos acuáticos, batracios, insectos y reptiles, los que aprendieron a comer en las épocas difíciles de subsistencia. Los misioneros españoles lucharon contra el consumo del perro y del amaranto. Los ricos y dignatarios podían paladear una cocina más refinada como el chocolate y las comidas marinadas, productos de lujo traídos de las tierras calientes.

Durante el período de embarazo una red de prohibiciones y preceptos tradicionales trataban de proteger al futuro niño. La futura madre no debía masticar chicle, enojarse, asustarse, salir de noche, mirar objetos rojos ni observar eclipses.

Las nociones y prácticas curativas eran una mezcla de religión, magia y ciencia. Habían acumulado una considerable cantidad de conocimientos positivos sobre las plantas. Comparada la práctica curativa de la época con la europea, se ha concluido que la azteca era más científica en el uso de las plantas medicinales. Los curanderos habían definido empíricamente las propiedades de plantas que servían como sedantes, purgantes, eméticos, antiinflamatorios, analgésicos, antitérmicos, antihemorrágicos, diuréticos, antiespasmódicos y varios más.

Los adultos mayores

El anciano desempeñaba un importante papel en la vida familiar y política, y disfrutaba así de una vida apacible y llena de honores. Respetado por todos, daba sus consejos, amonestaba y advertía:

*Para que no andemos siempre gimiendo,
para que no estemos saturados de tristeza,
el señor nuestro nos dio a los hombres
la risa, el sueño, los alimentos, nuestra
fuerza y robustez,
y finalmente el acto sexual,
por el cual se hace siembra de gentes.
Todo esto alegra la vida en la tierra
para que no se ande siempre gimiendo.*

Huehuetlatolli (*Plática de viejos*)¹²

Los preceptos de los ancianos, que constituyen un verdadero género literario, expresan la idea que los mexicas tenían de la actitud del hombre honrado de su tiempo: moderación en los gestos y las palabras, aversión por lo desmedido, iguales formas de comportamiento con los superiores e inferiores, veneración a los ancianos, compasión con el desgraciado, cortesía y modales en las comidas, en el vestir y en el hablar.

Para recibir la muerte podían confesarse y, como sólo se permitía una confesión en la vida, la mayor parte recurrió a ella lo más

tarde posible. El sacerdote estaba obligado a guardar el secreto más absoluto, porque lo confesado era exclusivamente dicho para la divinidad. La confesión practicada por los aztecas es uno de los ritos —de los muchos existentes— en que sorprende las semejanzas con ritos bíblicos y cristianos.

Las guerras de los aztecas

La guerra, el sacrificio humano, la esclavitud y la tributación impuesta a los vencidos se oponen al concepto de un pueblo promotor de valores de bienestar y convivencia. La expansión territorial convertía progresivamente al campesino agricultor en guerrero profesional; de productor de bienes se convertía en miembro de una élite militar que debía ser sostenida por medio del tributo. Cuando un pueblo era derrotado en la guerra tenía que pagar tributos al conquistador y debido a ello la guerra se convirtió en la principal fuente de riqueza de la sociedad azteca. Así, los mexicas dependían cada vez más del tributo impuesto a los vencidos, de tal modo que Tenochtitlán vivía con holgura a costa de los pueblos conquistados.

La guerra sagrada era un deber cósmico y para hacerla existían reglas que se respetaban rigurosamente; para atacar una ciudad se necesitaba un *casus belli* y uno frecuente era la agresión que recibían los comerciantes durante los viajes, o la negativa a comerciar. Pero el conflicto no llegaba sino después de agotar negociaciones laboriosas por medio de delegaciones, regalos y discursos.

Los aztecas se abstendían deliberadamente de las ventajas que proporciona la sorpresa. Se dejaba al adversario tiempo suficiente para preparar la defensa, y aun se le suministraban armas aunque fuese en forma simbólica. Detrás de ello, hay que percibir la idea de que la guerra era un juicio de los dioses. Los guerreros no trataban tanto de matar

enemigos, sino de capturarlos para sacrificarlos después. Si bien la guerra buscaba capturar enemigos, el objetivo final era derrotar al adversario. La derrota era una convención; la ciudad se declaraba vencida cuando los adversarios habían logrado penetrar hasta su templo, incendiando luego el santuario de su dios tribal. La toma del templo equivalía a la victoria, pues así los dioses habían pronunciado su sentencia.

Dicha guerra no se parece a la actual. Aquella iniciaba y terminaba con una negociación basada en el principio de que el vencedor, favorecido por los dioses, tenía todos los derechos pero podía renunciar a ellos por una compensación y por un tributo. A cambio, la ciudad vencida conservaba sus instituciones, sus ritos, sus costumbres y su lengua. Esta concepción explica por qué la última guerra de Tenochtitlán terminó de una manera tan desastrosa para la civilización mexica. Españoles y mexicanos no hacían la misma guerra; en el campo de lo social y de lo moral no pensaban en la guerra de la misma manera. Todas las reglas tradicionales fueron violadas por los invasores; lejos de negociar antes del conflicto, asesinaban por sorpresa y, en lugar de hacer prisioneros, mataban a todos los guerreros. Cuando todo estaba consumado, los dirigentes mexicanos no recibían la oferta del tributo que deberían pagar. Ellos no concebían la aniquilación total.

112

Valoración del México antiguo

Bien puede considerarse que la promoción de la salud, vista como una respuesta política, social y educativa para propiciar el bienestar y el desarrollo humano, es —a pesar de sus contradicciones— un legado cultural con el cual México antiguo ha enriquecido la cultura occidental.

Las ciudades saludables, con los principios y valores que las inspiran, deben agregarse

al listado ya extenso de bienes materiales y espirituales que la América prehispánica ha dado al mundo. El aporte de la América antigua a la flora y a la fauna universal y el de muchos otros bienes materiales es bien conocido; pero el aporte y el legado de otros conceptos, valores y virtudes es menos apreciado.

Las guerras floridas, el tributo impuesto, las actitudes y las conductas guerreras y de conquista y Huitzilopochtli han primado en el momento de valorar la herencia mexicana; éstas en verdad son contrarias a la filosofía de la promoción de la salud, que estipula la vida en paz como un requisito necesario para la salud. Sin embargo, los aztecas supieron hacer suyos el arte y la filosofía de Quetzalcóatl, “civilizador y pacífico”, que encontraron a su llegada al valle de México; principios y valores que le dieron al México antiguo una educación universal y que, estando presentes en la vida diaria de las ciudades del imperio, buscaban hacer de todo mexicano un ciudadano de “rostro sabio y corazón firme”.

Es apropiado recapitular entonces con las palabras del Director de la Organización Panamericana de la Salud, G. Alleyne, pronunciadas en la Quinta Conferencia Mundial de Promoción de la Salud e inspiradas en su encuentro con el Museo Nacional de Antropología de México:¹³

Las estatuas me hablaron; me hablaron de la gloria de los aztecas y de Tenochtitlán, a mi modo de ver, la ciudad más grande y bella de su tiempo... Me hablaron de una política pública saludable en la medida en que los gobernantes fueron elegidos para servir de ejemplo en las vidas de sus pobladores y evitar comportamientos que dañaran la salud. Estas políticas públicas en la ciudad que era el ombligo de la luna, incluyan letrinas, manejo adecuado de las aguas residuales y calles limpias. Los cinco lagos eran el espejo del sol y de la luna.

La higiene personal estuvo a un nivel que solo se imaginaba en otros lugares... La acción de la comunidad fue responsable de que los canales locales estuvieran limpios. La orientación de los servicios de salud se reflejó en los sistemas; la red de los hospitales de veteranos y el sistema de cuarentena son los precursores de la práctica de la salud pública actual. Moctezuma fundó los jardines botánicos y zoológicos más famosos y su herbario tenía colecciones de las plantas medicinales de todas las partes de América. Estas piedras y estatuas me hablaron de la igualdad de oportunidades de la educación para todos, lo cual contribuyó a la buena salud de la población. No podía dejar de pensar que Tenochtitlán fue en verdad una ciudad sana y ejemplificó muchos de los conceptos básicos de la promoción de la salud que fueron tan bien aceptados y plasmados en la Conferencia y Carta de Ottawa.

Referencias

1. González-Molina J. El resurgimiento de la promoción de la salud. ¿Ave Fénix? Manos a la salud. Mercadotecnia, comunicación y publicidad para la promoción de la salud. CIESS/OPS, México; 1998, p.59-64.
2. Soustelle J. La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista. 11^a reimpresión. México: Fondo de Cultura Económica; 1996.
3. León-Portilla M. Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares. 7^a reimpresión. México: Fondo de Cultura Económica; 1997.
4. Calderón F. Historia económica de la Nueva España en tiempo de los Austrias. Reimpresión. México: Fondo de Cultura Económica; 1995.
5. Benítez F. Antología de textos. La ruta de Hernán Cortés. 1^a ed. México: Fondo de Cultura Económica, 2000. p. 249-86.
6. Prescott W. El mundo de los aztecas. Ginebra: Minerva; 1970.
7. González-Molina J. De la higiene a la promoción de la salud. Manos a la salud; Mercadotecnia, comunicación y publicidad, herramientas para la promoción de la salud. México; CIESS/OPS; 1998, p. 45-58.
8. Carta de Ottawa para promoción de la salud. Canadá: Asociación de Salud Pública; 1986.
9. Organización Panamericana de la Salud. Promoción de la salud, una antología. Publicación Científica 1996; 557.
10. Quinta Conferencia Mundial de Promoción de la Salud. Memoria institucional. México: OMS/OPS, SSA; 2000.
11. Durer, A. *Tagebuch der Reise in die Niederlande, anno 1520.* EN: Portilla M. Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares, 7^a ed. México: Fondo de cultura económica. p. 155.
12. Portilla M. Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares, 7^a ed. México: Fondo de cultura económica. p. 174.
13. Alleyne G. Discurso inaugural de la Quinta Conferencia Mundial de Promoción de la Salud. México; junio de 2000.

